

La
pequeña
gran
protectora
de un tesoro
escondido



En el corazón de la selva peruana, se encuentra Sacanche, un pequeño centro poblado conocido por su belleza natural y su rica historia. Este encantador lugar está rodeado de frondosos árboles y ríos cristalinos que murmuran historias de tiempos antiguos. Entre sus tesoros más preciados se encuentran las pozas “Las Gemelas”, dos piscinas naturales de aguas turquesas que invitan a los visitantes a sumergirse en su frescura, y los famosos baños termales sulfurosos, cuyas aguas calientes son reconocidas por sus propiedades curativas.

En este mágico lugar vive Renata, una niña de diez años con una curiosidad insaciable. Sus ojos brillan como las estrellas cuando habla de las maravillas de su pueblo. A menudo, Renata pasea por los senderos de Sacanche, admirando los coloridos murales que adornan las casas, que cuentan historias de sus antepasados.

—¡Mira, Renata! —exclamó su amigo Miguel un día, mientras caminaban—. Ese mural cuenta la historia de cómo nuestros antepasados veneraban a la naturaleza.

—Sí, Miguel —respondió Renata—. Cada color tiene un significado. La cultura de nuestro pueblo es tan rica.

Su abuela, una sabia mujer de la comunidad, le relata cuentos sobre las tradiciones locales, la gastronomía que deleita a los turistas y los rituales que celebran la conexión con la naturaleza.

—Abuela, ¿por qué es tan importante cuidar de nuestra tierra? —preguntó Renata un día, mientras ayudaba en la cocina.

—Porque, querida —respondió la abuela con una sonrisa—, la tierra nos da todo lo que necesitamos. Cuidarla es nuestra forma de agradecerle.



Renata ama ayudar en la cocina de su casa, donde los aromas del juane y el inchicapi llenan el aire. Su sueño es que más turistas visiten Sacanche y descubran sus maravillas. Pero un día, algo inesperado ocurrió.

Una mañana soleada, Renata se despertó con una noticia emocionante: un grupo de turistas internacionales llegaría a Sacanche para conocer los baños termales sulfurosos. La comunidad se preparaba para recibirlos con los brazos abiertos. Sin embargo, Renata también escuchó un rumor inquietante.

—Algunos de los turistas no saben cómo cuidar el medio ambiente —dijo Ana, su amiga artista—. ¡Eso podría dañar nuestro hogar!

—No podemos dejar que eso pase —decidió Renata, con determinación en su voz—. Debemos enseñarles sobre nuestra cultura y el respeto por la naturaleza.

Con la ayuda de su abuela, organizó una pequeña reunión en la plaza del pueblo. Allí, Renata y otros niños de Sacanche presentarían una obra de teatro que mostrara la belleza de su entorno y la importancia de cuidarlo.

El día del evento, Renata se dio cuenta de que uno de los turistas había traído un montón de plásticos y desechos. Con el corazón latiendo fuerte, se acercó al grupo de turistas y, con su más amable sonrisa, les explicó:

—¡Hola! Si desean disfrutar de las aguas sulfurosas, es importante que cuidemos nuestro entorno. Estos plásticos pueden dañar las pozas.

Los turistas, sorprendidos por su entusiasmo y conocimiento, escucharon atentamente.

—Tienes razón, pequeña. No queríamos causar problemas —dijo una turista, sonriendo—. Gracias por avisarnos.

Renata sintió que había logrado algo importante: no solo había compartido su amor por su hogar, sino que también había sembrado una semilla de respeto en los corazones de aquellos visitantes.

Así, el evento se convirtió en una celebración, no solo de la belleza natural de Sacanche, sino también de la amabilidad y el buen trato entre las personas. Los turistas prometieron regresar, llevando consigo las lecciones aprendidas.

—¡Gracias por su hospitalidad! —gritó uno de los turistas al marcharse—. Volveremos a visitar Sacanche.

Renata no podía dejar que el malentendido sobre el cuidado del medio ambiente empañara la llegada de los turistas. Con determinación, se reunió con sus amigos: Miguel, un niño inquieto y lleno de ideas, y Ana, una niña artista que siempre tenía un pincel en la mano.

—Necesitamos crear algo que les recuerde cuidar la naturaleza —sugirió Miguel.

—¡Sí! Un cartel colorido —dijo Ana—. Algo que haga que se detengan y piensen.

Juntos, formaron un equipo, decididos a promover la cultura turística de Sacanche. Primero, decidieron crear un cartel colorido que invitara a los turistas a cuidar el entorno. Usaron papel reciclado y pintaron con brillantes colores las pozas y los baños termales, añadiendo un mensaje claro:

—¡Cuida nuestra naturaleza, es tu hogar también! —gritaron al unísono al finalizar.





CUIDA
NUESTRA
NATURALEZA
ES TU
TAREA

En un momento, Ana decidió pintar un pequeño mural en la plaza, que representaba la unión entre turistas y habitantes. Mientras lo hacían, otros niños de la comunidad se unieron a ellos, y juntos restauraron un mural antiguo que había sido desgastado por el tiempo.

—Este mural representa nuestro compromiso de cuidar nuestra cultura —dijo Ana—. Es un símbolo de nuestra unión.

Sin embargo, no todo fue fácil. Durante el evento, un grupo de turistas dejó caer desechos cerca de las pozas.

—¡Eso no está bien! —exclamó Renata, viendo la situación—. Debemos decirles que eso puede dañar el agua.

Con valentía, se acercó a ellos y, en un tono amable, les explicó:

—Disculpen, pero esos residuos pueden dañar el agua y el paisaje.

Muchos turistas se sintieron avergonzados y, en lugar de enojarse, comenzaron a recoger la basura.

—Tienes razón, lo siento mucho —dijo un turista, mientras recogía los desechos—. Gracias por hacérselo notar.

Y así aprendieron a cuidar el entorno.

El día culminó con una ceremonia en la que todos compartieron sus aprendizajes.

—Gracias a Renata y a sus amigos por abrirnos los ojos sobre la importancia de cuidar el medio ambiente y respetar la cultura local —dijo un turista, sonriendo.

Renata sonrió, sintiendo que cada esfuerzo valía la pena, y que Sacanche había dejado una huella en sus corazones.

Con cada acción, los niños no solo promovían el turismo responsable, sino que también reforzaban su identidad cultural. Sacanche no era solo un lugar en el mapa; era un hogar lleno de vida, historias y aprendizajes compartidos. Al final del día, los turistas prometieron regresar, llevando consigo el mensaje de cuidar la naturaleza y cultivar la amabilidad en sus propios hogares.

Así, Renata y su equipo no solo habían superado obstáculos, sino que también habían sembrado un profundo respeto por la cultura turística en cada persona que visitó su querido Sacanche.

El día de la llegada de los turistas fue un éxito rotundo. Gracias a los esfuerzos de Renata, Miguel y Ana, la comunidad se unió en un esfuerzo colectivo por mostrar la belleza de Sacanche y la importancia de cuidarla.

Cuando los turistas se marcharon, llevaban consigo no solo recuerdos de los baños termales y las pozas “Las Gemelas”, sino también un compromiso renovado de cuidar el medio ambiente y respetar las tradiciones de cada lugar que visitaban.

—¡Nos llevaremos su belleza en el corazón! —gritó un turista al marcharse.

Renata sintió una gran satisfacción al ver que sus palabras habían resonado en el corazón de los visitantes. Había logrado despertar en ellos un sentido de responsabilidad hacia la naturaleza y su cultura.

El pueblo de Sacanche se convirtió en un ejemplo de cómo los valores de amabilidad, honestidad y respeto podían transformar la experiencia turística. Renata, Miguel y Ana se dieron cuenta de que cada pequeño gesto cuenta, y que, al cuidar su hogar, también estaban cuidando de todos los que llegaban a conocerlo.

—Cuidar nuestra tierra es cuidar de todos nosotros —solía decir la abuela de Renata, y esa frase resonaba en sus corazones.





A medida que los niños compartían sus experiencias con otros amigos, comenzaron a inspirar a más compañeros a involucrarse en la protección de su comunidad.

—Cada uno de nosotros puede hacer la diferencia —les decía Renata—. ¡Seamos embajadores del turismo responsable!

Con el tiempo, el pueblo de Sacanche no solo se hizo conocido por sus maravillas naturales, sino también por su hospitalidad y la calidez de su gente. Los turistas regresaban, y cada vez que llegaban, Renata y sus amigos estaban listos para compartir más sobre su hogar, sus tradiciones y la importancia de cuidar lo que tenían.

—¡Volveremos a vernos, Sacanche! —gritó un niño turista mientras se despedía.

Los niños comenzaron a imaginar nuevas formas de promover el turismo en su comunidad. Organizaron limpiezas en las pozas, talleres de arte para restaurar murales y hasta hicieron un libro de cuentos sobre Sacanche, donde cada página mostraba un valor turístico.

—¡Esto es solo el comienzo! —dijo Miguel con entusiasmo—. ¡Hay tantas cosas que podemos hacer!

Así, la historia de su pueblo continuó creciendo, y cada niño se sintió parte de un legado que aún estaba por escribirse.